CUENTOS PARTICIPANTES

TE CUENTO UN CUENTO 2

SEGUNDO PREMIO CRUCIGRAMA DE CUENTO 2024

crucigrama.

Comentarios sobre la edición y contenido de estos cuentos escribe a:
hola@lacrucigrama.com

crucigrama.
Visita nuestra página:
www.lacrucigrama.com

MI PADRE EL CORONEL

ELIAS BARON

Los tiempos de conflicto siempre son necesarios, nos hacen crecer, nos obligan a movernos y hacer conciencia de lo que tenemos en los momentos buenos. En 1910 corrían tiempos difíciles, eran días violentos en el México de La Revolución. Dos bandos se enfrentaban, por un lado, el pueblo; auspiciado por cabecillas rebeldes con ideas de libertad y tierra, los lideres pretendían repartir de manera justa las tierras y las riquezas acumuladas en unos cuantos. Por otro lado, el poder político de don Porfirio Diaz apoyado en el ejército, que también eran parte del pueblo.

Yo vivía en La Barca, Jalisco, en una pequeña y hermosa casita de adobe, donde solo éramos mi madre María Calleja y yo. En ese entonces era "todo un hombre" de doce años. Poco antes de estallar La Revolución conviví muy poco con mi padre don Federico Martínez Mesa, coronel del ejército federal, un hombre gallardo, fuerte y varonil, bien parecido, con un carisma inigualable, una inventiva y una personalidad que llamaba la atención de propios y extraños. Generaba mucha simpatía y

siempre fue el centro de cualquier tertulia. Por todo esto pudo enamorar a mi madre, y yo, fruto de ese amor, no tenía idea de lo que pasaría en los siguientes días.

Mi padre acostumbraba escribirnos una carta cada cierto tiempo. Cuando pasaba cerca de nuestra ciudad, nos visitaba. Lo cambiaban constantemente de bastión y cuartel. En sus anécdotas nos platicó que estuvo en muchas ciudades de los diferentes estados de la república.

En el año de 1917, cuando recién terminaba La Revolución Mexicana, yo me sentía un hombre poco viejo y sin esposa, mi padre nunca quiso que fuera militar, los ánimos estaban caldeados y algunas zonas, como La Barca, aún estaban arreglando asuntos con la gobernabilidad. En ese entonces, estaba en funciones Bulmaro E. Cruz como munícipe de la ciudad, mi papá volvía de una campaña por el centro del país según contaron, esta sería la última vez que salía, para por fin encuartelarlo cerca de donde vivíamos. Yo esperaba ansioso su regreso, me caía muy bien mi viejo, lo divisé cruzando el puente que libraba al Río Lerma, cabían catorce caballos según decían, de repente un loco se acercó al batallón diciendo: "¡Tierra y libertad!", llevaba en la mano izquierda un cartucho de dinamita encendido, le dispararon, cayó al suelo con el cartucho de dinamita que explotó estruendosamente. La explosión mató al momento a algunos soldados e hirió a otros, mi padre dentro de ellos. Lo llevamos al hospital principal, todo era confuso, entre la tierra, el polvo y la gente gritando nunca olvidaré su rostro pálido y asustado, me tomó de la camisa, me jaló acercando mi oído a su boca y me dijo: "Hijo, siento que aquí acaba mi camino. En la casa, en la pared, hay un hueco

arriba de la estufa, está cubierto con un poco de lodo... en todos lados es igual, dentro hay una tela que resguardando una carta... tienes... tienes que encontrar...". No terminó la frase pues falleció en ese momento, pedí ayuda a los médicos, mas no pudieron hacer nada. El coronel Federico Martínez había muerto. Los siguientes días fueron borrosos, mi madre sufrió mucho. Después de velar el cuerpo y enterrarlo nos dimos cuenta que la vida seguía su curso.

Unos días después, estando yo sentado en una silla del comedor escuché un crujido, la silla se rompió y me hizo caer de frente a la estufa, justo desde donde se podía un hoyo en la pared de adobe que estaba tapado con lodo. Entonces recordé las palabras de mi padre. Me incorporé, tomé una navaja, destapé el hueco y dentro había una tela de color café, la desdoblé cuidadosamente, descubrí un papel que por un lado tenía unas líneas, por el otro tenía un nombre y una dirección: María Miraflores, La Piedad, Michoacán, Calle El Barro número 2; además había un escrito: "Durante mi vida he acumulado mucho oro, mismo que recogíamos y le quitábamos a hacendados, bandoleros y rijosos. Hijo, encuentra a tus hermanos y compártanlo. Siempre los quise".

Mi mente daba vueltas, estaba confundido, ¿tenía otros hermanos?, ¿mi madre sabría de esto?, pensé que tal vez sería mejor no decirle nada aún. Sólo le dije que tendría que salir a arreglar unos asuntos de mi padre. Ella no preguntó nada y se limitó a darme su bendición. Muy temprano, en la mañana, salí rumbo a La Piedad. Un viaje de unas doce horas. Ahí había un pequeño cuartel militar, llegando me dispuse a preguntar dónde quedaba la calle y el número indicado en el papel,

también pregunté por la señora María Miraflores. Cuando la vi, era una casa de adobe, algo parecida a la mía. Toqué la gran puerta de madera gruesa, salió un joven de unos veinte años, muy parecido a mí físicamente, sólo pude decir:

—Disculpe, ¿está la señora María Miraflores?

—Sí, ¿quién la busca?

—¿Eres uno de sus hijos? —le lancé la pregunta sin vacilar.

—Soy el único de sus hijos. ¿Quién eres, y qué quieres con mi mamá?

Me pareció extraño, ya que la carta de mi padre decía "encuentra a tus hermanos", entonces procedí a aclararle sin rodeos y con la mejor disposición que me permitiera mi mente.

—Soy hijo del coronel Federico Martínez, murió hace un par de meses, me pidió que te encontrara, y que buscara en un agujero cubierto con lodo en la pared, arriba de la estufa y sacara una tela con una carta, quise venir a tu casa y verificar así como lo hice en la mía.

El muchacho se quedó desconcertado y atónito, entre dientes murmuró "por eso no había escrito ni venido…".

—¿Puedo pasar y buscar en la pared de tu cocina? Además, tengo mucha curiosidad, ¿cuántos años tienes?

—Pasa, pero no sé qué pudieras encontrar, tengo diecinueve años…

Me mostró dónde estaba la cocina y, como en mi casa, arriba de la estufa se veía un hueco con barro por delante. Tomé mi navaja y, una vez más, había una tela café con un papel dentro que tenía escrito: "María Andrade, Calle Los Olmos, número 3, Pénjamo, Guanajuato. Durante mi vida he acumulado… etcétera".

Cuando termine de leerle la carta a mi hermano tenía una cara larga y desencajada, no podía creer lo que había pasado. Nos sentamos y platicamos de nosotros y nuestra relación con el coronel, llegamos a la conclusión que no le diríamos a su madre, que diríamos que soy un primo segundo del coronel y ocupábamos arreglar algunos asuntos familiares en otra ciudad. Al día siguiente nos dispusimos a partir con la respectiva bendición de su mamá. El camino, curiosamente, también nos llevó alrededor de doce horas. Mientras conversamos en el trayecto descubrimos que teníamos muchas cosas en común, a tal grado que llegué a empatizar y fraternizar fuertemente con mi hermano.

Llagamos a Pénjamo en el domicilio indicado y la historia se repitió: Era una casa similar a la de ambos, nos recibió un muchacho que se veía un poco más chico que nosotros, cuando le contamos porque estábamos ahí no lo podía creer. Al cuestionarlo sobre su edad resultó que teníamos los mismos años y su señora madre, María Andrade, había fallecido en la revolución, hacia un tiempo atrás. Tras las obligadas anécdotas de cada uno con el coronel procedimos a buscar el hoyo arriba de la estufa, lo encontramos, de igual forma había una carta con el nombre escrito de María del Refugio. La dirección que venía era: Irapuato, Guanajuato, Calle Los Portales número 4 y la frase "Durante mi vida he acumulado... etcétera". Comencé a ver un patrón: todas las mujeres se llamaban María. Supongo que era algo lógico si no quería equivocarse al llamarlas o escribirles. Ahí se demuestra que mi padre era un Don Juan, seguramente le sobraban enamoradas, pero escogió sólo a las que se llamaran María. Eso me lleva

a otro punto. ¡Sí!, así como lo estás pensando, amigo: Todos nosotros nos llamábamos también Federico Martínez. Igual que el coronel. Y hasta donde habíamos averiguado, casi todos los lugares a donde habíamos ido estaban a doce horas uno de otro: De Pénjamo a Irapuato, de Irapuato a Celaya, de Celaya a Moroleón, Acámbaro, Tuxpan, etcétera. Con cada nuevo lugar, cada nueva carta y cada nuevo hermano se ampliaba de a poco lo que comenzó a parecer un mapa que se había dibujado con las líneas de atrás de las cartas el coronel, parecía que de todas se formaría un lugar donde encontraríamos su oro, pero no teníamos ni idea de cuantos más éramos, la única manera de investigarlo era continuar hasta dar con el ultimo hijo del coronel Federico Martínez Mesa.

Algunas situaciones muy particulares variaban. A veces eran más de doce horas para ir de un lugar a otro, otras casas eran de adobe o de madera, una mujer llamada María y algo más con un solo hijo llamado Federico; más siempre adentro de la casa, se encontraba la misma carta, en un hueco arriba de la estufa envuelta en una tela café.

Todos decidimos marchar en un curioso grupo, acompañándonos por el camino, contando historias, siendo hermanos desconocidos, todos muy parecidos físicamente entre nosotros y, obviamente, parecidos al coronel, con diferencias de vida, pero unidos por la sangre. Se formó un pequeño ejército de cuarenta y siete Federicos. Casi todos de la misma edad, dejando claro los dotes de conquistador de nuestro finado padre, eso lo convertía era hasta cierto punto en un ser despreciable, pero por el otro lado, de manera muy oculta, nos producía envidia y que nos preguntáramos “¿cómo lo hizo?”. Lo que nos tenía por

demás inquietos era la cantidad de oro que tendría escondido para que se tomara la molestia de hacer todas estas cartas, procurando que nos encontráramos los unos a los otros.

No lo sabíamos, pero estábamos a punto de llegar al final. Las cuarenta y ocho cartas que mi padre escondió fueron por fin reveladas. ¿Cómo supimos que era esa cantidad? Sencillo. El mapa se completó con la última carta, que nos indicó el lugar donde se escondía el tesoro del coronel. En esta última carta había una variante, esta decía: "Durante mi vida he acumulado mucho oro, mismo que recogíamos y le quitábamos a hacendados, bandoleros y rijosos. Hijo, encuentra a tus hermanos y compártanlo. Siempre los quise. La familia es el verdadero tesoro".

La marcha de los cuarenta y ocho Federicos concluyó. Llegamos a una vieja mina abandonada en Taxco. Nos metimos dentro, el camino se estrechaba cada vez más, parecía que hubo un derrumbe reciente, los terremotos eran algo común por la zona. Pudimos pasar a un espacio más abierto donde comenzamos a buscar. Una pared estaba cubierta por una tela café, justo como la que envolvía nuestras cartas, el último Federico jaló la tela para revelar detrás de ella muchas cajitas con monedas de oro y plata, joyas muy ostentosas y finas, piedras preciosas muy brillantes; había al menos dos cajas con oro para cada uno. Parecía un tesoro pirata, estábamos sorprendidos y no nos dimos cuenta que cuando el Federico cuarenta y ocho jaló la manta movió un polín que sostenía un dique que le daba firmeza al techo de esa parte de la mina. Al jalarlo, comenzaron a caer rocas, había mucho polvo, tierra y confusión, ruidos terribles. Corrimos por el angosto pasaje,

cuando estuvimos fuera inmediatamente pedí que nos contáramos, estábamos completos, aunque golpeados y asustados. La entrada a la mina quedó intransitable, intentamos desbloquearla nosotros. No lo conseguimos. Llamamos a un minero experto que nos dijo que por grandes derrumbes la habían clausurado y que ya había cobrado la vida de muchos buenos hombres. Parece que así termino el oro del coronel, enterrado y sin dueño. Por lo menos tengo cuarenta y siete buenos nuevos hermanos. Sería muy bueno si en verdad la familia fuera el verdadero tesoro, pero hay algo en mí, que dice que hubiera sido mejor cuarenta y ocho Federicos con oro.

CHAAC CONTRA POSEIDÓN: LA ÉPICA BATALLA DE LOS SIETE MARES

EVANGELINA GARCÍA

Hace cientos de años, cuando la Tierra era mucho más distinta de lo que es hoy, el mítico rey Poseidón se presentó en las costas de la nación maya con la única intención de conquistar más territorios de los que ya tenía en su poder. Los habitantes de la nación maya vivían en armonía con la naturaleza y sus deidades, quienes les protegían y guiaban en su día a día. Las selvas eran frondosas, los ríos caudalosos y los templos brillaban bajo el sol como guardianes de sus secretos milenarios.

Por supuesto, Hunahpú e Ixbalanqué, los gemelos héroes y protectores del pueblo, convocaron a un consejo real para saber cómo se protegerían ante tal invasión. El consejo se celebró en el Templo del Jaguar, donde los sacerdotes encendieron incienso y cantaron antiguas canciones para invocar la sabiduría de sus ancestros.

Tz'ikin, el dios de los pájaros; Tohil, el dios del fuego; K'awiil, el dios del relámpago; Yum Cimil, el dios de la muerte;

y Buluc Chabtan, el dios de la guerra se reunieron con los hermanos para discutir el tema. Trataron de buscar una solución pacífica ante tal conflicto, ya que no querían exponer a su pueblo a pelear contra el rey de los siete mares, pues sabían que no sobrevivirían mucho tiempo debajo del agua.

—¿Y si despertamos a Chaac? —preguntó Yum Cimil con su voz que resonó en toda la sala.

El resto de los dioses ahí presentes creyeron que sería una buena idea. ¡Qué mejor que una épica batalla entre ambos seres dominantes del agua! La propuesta fue aceptada y se pusieron en marcha para despertar al poderoso dios de la lluvia y del trueno.

Chaac, al enterarse de esto, se molestó muchísimo. No podía creer que Poseidón tuviera la osadía de intentar conquistar territorios ajenos. Con sus ojos llameando de ira, dijo:

—¡Yo me encargo! —Su voz retumbó como un trueno en la sala del consejo.

Al caer la noche, el rey Poseidón salió del mar con su ejército de bestias marinas para dominar a los mayas. Entre su ejército había sirenas de canto hipnótico, krakens con tentáculos poderosos y tiburones de tamaño descomunal. Su avance provocó la ira de Chaac, quien se levantó desde las profundidades de la tierra lanzando rayos tan fuertes que partían la tierra en dos y truenos que la hacían temblar. La tormenta que desató fue tan feroz que los árboles se doblaron y las aguas se agitaron violentamente.

El ejército de Poseidón comenzó a dudar si en realidad era una buena idea enfrentarse ante tal rival. Las bestias marinas retrocedieron ante el furor de los elementos desatados por

Chaac. Sin embargo, el rey obstinado dio la señal de avanzar y matar a todo el que se interpusiera en su camino. Pero cada paso que daban era contrarrestado por la furia de Chaac, cuyo poder parecía ilimitado bajo la tormenta.

Finalmente, al verse sobrepasado por la furia de Chaac y la determinación de los mayas, Poseidón decidió retirarse del lugar. Sus bestias, cansadas y derrotadas se arrastraron de vuelta al mar y la calma regresó a la costa de Yucatán.

Después de la retirada los mayas organizaron una ceremonia en honor a Chaac y a los dioses que los habían protegido. En el Templo del Jaguar, bajo el resplandor de la luna llena, se ofrecieron ofrendas de frutas y flores mientras los sacerdotes entonaban cánticos de gratitud. Hunahpú e Ixbalanqué dirigieron las ceremonias con solemnidad para recordar a su pueblo la importancia de la unidad y la fortaleza frente a las adversidades.

Desde entonces se ordenó que se construyera una estatua de Poseidón como un recordatorio silencioso de la valentía maya frente a la amenaza extranjera. Cada vez que los pescadores y navegantes miraban hacia el horizonte veían en ella no solo un monumento de piedra, sino una promesa de que su tierra seguiría siendo invencible. La figura del dios griego tallada en piedra oscura con el mar rompiendo a sus pies se volvió un símbolo de resistencia y determinación.

Con el paso de los años la historia de la Épica Batalla de los Siete Mares se convirtió en una leyenda venerada por los mayas. Las generaciones escucharon con asombro cómo Chaac, con su furia y poder, había defendido a su pueblo contra el arrogante Poseidón. La memoria de aquella noche de tormenta

y truenos resonaba en sus corazones como el recordatorio de que, aunque los desafíos pueden ser grandes y los enemigos poderosos, el pueblo maya fue, es y será el pueblo rebelde, inconquistable ante costumbres y ritos ajenos a ellos.

LA MUJER CON ALMA DE ESCRITORA

LUCIA GARCÍA

Érase una vez una mujer que soñaba despierta todos los días con la gran firmeza de convertirse en una exitosa escritora. Al amanecer, tan pronto ponía el pie fuera de la cama empezaba la magia de su rutina diaria.

Un día despertó cansada, agobiada y desesperada, algo estaba mal en su vida. Así que pensó: "¡Ya estoy harta de esta situación! ¿Qué tengo qué hacer para lograr mis sueños?". Después de pensarlo acostada un momento supo la respuesta: "¡Haré una lista de sueños que puedo cumplir!, me pondré metas que pueda alcanzar... Sé que no será fácil, pero si me enfoco las llevaré a cabo". De inmediato se sentó en la orilla de la cama, tomó una libreta que guardaba en el cajón y comenzó a escribir con apuro. Después de unos minutos de enfocarse y concentrarse terminó la lista, tomó un espejo y se prometió con voz suave, pero con seguridad, estas palabras:

> *Hoy doy el primer paso con ilusión. Voy a iniciar la historia de mi pasión por la escritura. Voy a escribir los sueños que algún día puse en esos papeles guardados con los poemas de mis amores perdidos y dolorosos. Acepto el reto de escribir mi destino con paso firme en el camino.*

Conforme pasaban los días, ella escribía sin ninguna dirección. Una mañana estaba en el escritorio de su trabajo y la inspiración la sorprendió, hizo de lado lo que estaba haciendo y se puso a escribir las palabras que fluían.

Otra tarde, mientras estaba en su casa después de un día difícil de trabajo estaba escuchando música, le gustaba cantar a todo pulmón, aunque su voz no era muy entonada, pero no le importaba pues creía que su ser estaba lleno de inspiración. Mientras cantaba de nuevo llegaron los sentimientos que le daban mucha emoción y corrió al sillón para encontrar su libreta y con desesperación inició el viaje de escribir.

Escribió, escribió y escribió tanto que no se dio cuenta que había anochecido. Miró sus manos y su mirada recorrió cada palabra escrita. Se asombró de descubrir lo que había escrito. Estaba enamorada del amor, de la vida, pero sobre todo de su propio corazón, pues descubrió que puede compartir lo que habita en su interior. Sonrió con una ternura espectacular mientras se llevaba el cuaderno al pecho. Lo abrazó y lo besó con cariño.

Con el paso de los días, el miedo regresó a su cabeza. Se preguntó si habría alguien que quisiera leer sus poemas. Las dudas la golpeaban con fuerza, le preocupaba que a la gente no le gustara, ni siquiera a su familia y amigas, sólo confiaba en su mamá. Llena de desencanto paró de escribir y decidió que era mejor regresar a su vida cotidiana. Se esforzó en el trabajo con la idea de ganar tanto dinero como pudiera. Cuando menos lo pensó se encontró dentro de un torbellino de frustración, nada la satisfacía, la importancia de sus letras ya no las sentía. Pasaba por momentos difíciles, de esos que

el corazón no le permitía pensar con claridad y la hundía en una terrible soledad sin poder salir de ella.

Una noche, después del trabajo, se sintió sin aliento y con unas inmensas ganas de llorar cuando de repente su teléfono sonó. En la pantalla decía Mamá, le dijo que se sentía mal y triste y que era preferible no continuar pues su corazón estaba muy cansado, su madre le respondió:

> *Eres mi niña, la más pequeña, y te admiro por ser tan fuerte porque, aunque el día se ponga difícil con una sonrisa tuya lo cambias como la luz del sol a un día nublado. Estoy contigo, mi corazón te abraza, tú lo sabes.*

Esas palabras le dieron el ánimo para seguir adelante, supo que no estaba sola y que existía alguien que la podía escuchar, entender y leer. Pensó que todo su esfuerzo valdría la pena si tan sólo sus poemas pudieran llenar el alma de su madre. Tomó de nuevo su libreta y su pluma y escribió, con la pasión y la inspiración que surgía de su corazón.

Un año después sonó su teléfono. El número era de la editorial más importante del país le tenían una noticia: Su poemario sería publicado.

Después de esa noticia no fue la misma. Aprendió a abrazar el miedo, supo que mientras escribiera la vida le daría las mejores sorpresas de su vida y cumpliría todos sus sueños.

ÁMBAR

LEANDRO CORTÉS

Nació en la víspera del día de Todos los Santos, una noche plagada de estrellas y de una hermosa luna llena que brillaba con un cálido color ámbar. Yo tenía casi cinco años y mi noción del mundo era muy limitada aún. Sabía que mamá era partera, pero desconocía qué significaba exactamente y en esos tiempos no era permitido que un niño hiciera ese tipo de preguntas. Aquella noche la vecina estaba a punto de dar a luz, así que aproveché para mirarla desde afuera de la ventana de su alcoba parado sobre un par de rocas mientras oía sus gritos de dolor.

—¡Puja, Carmen! ¡Puja! —le decía mi madre.

Y entonces ocurrió, mientras el reloj de la torre anunciaba en el pueblo la llegada del día de Todos los Santos y el cielo se llenaba de fuegos artificiales debido a la fiesta patronal, una creatura salió de entre sus piernas cubierta de una sustancia asquerosa que me hizo vomitar. Tuve que correr hacia el patio para que mi madre no me oyera arquear y devolver la cena. Al día siguiente, mamá me llevó a verla. Era una bebé muy bonita vestida de rosa, casi del mismo color de su piel.

—¡Saluda a tu nueva amiguita! Se llama Ámbar —me dijo la vecina.

Unos meses más tarde, cuando sus ojos ámbar me vieron por primera vez, supe que siempre estaríamos juntos. La vi crecer todos los días, y cuando ya éramos un par de niños jugando y viviendo la vida, fue como si la gravedad nos uniera poco a poco y apartara al resto del mundo. Ámbar siempre fue alguien muy sociable y le gustaba ayudar a los demás, era algo que me encantaba de su forma de ser. Con el tiempo la vi convertirse en una hermosa mujer y sin darme cuenta, el cariño que le tenía se había transformado en amor, un amor que creció tanto que no lo pude ocultar por mucho tiempo. Una tarde, sentados en el pasto debajo de un árbol, le declaré mi amor y ella me dijo que también me amaba. Así ocurrió nuestro primer beso.

El día que le pedí se casara conmigo lo hice frente a la ventana a través de la cual la había visto llegar a este mundo. Le platiqué esa anécdota por primera vez para después hacerle la pregunta importante. La noche de nuestra boda quedé hechizado por su belleza, usaba un hermoso vestido blanco de princesa y unos largos aretes con dos piedras preciosas del color de sus ojos. Fue una velada inolvidable.

Pronto, nuestra felicidad aumentó, tuvimos una niña a la que llamamos Rosario. Los abuelos estaban muy contentos, y aún más, cuando un par de años más tarde, Ámbar dio a luz a los gemelos Samanta y Samuel.

La ciudad comenzó a progresar muy rápido, así que decidimos que todos nos mudaríamos hacia allá. Años más tarde, mi amada Ámbar volvió a dar a luz, esta vez a la pequeña María. Sin embargo, nuestra felicidad no duró mucho. Después del

parto, Ámbar nunca se recuperó, ni siquiera pudo tomar en sus brazos a la bebé.

El día que Dios la llamó, perdí una parte de mi alma y quedé a la deriva como un planeta sin sol. No obstante, me di cuenta que había llegado su tiempo, comprendí que existe cierto tipo de personas demasiado especiales, parecidos a los fuegos artificiales, que dan un hermoso espectáculo a la vida de los demás, los llenan de felicidad y color, pero dan todo de sí y se apagan con rapidez.

Les pedí un tiempo a solas a mis padres y a mis suegros para vivir el duelo con mis hijos. Dejamos la ciudad y regresamos al pueblo donde la había conocido. Todos los días me los llevaba a la parcela de la familia para que me miraran trabajar. Rosarito tuvo que madurar muy rápido pues cuidaba a sus hermanitos, incluso a la pequeña María que ocupaba de mucha atención. Yo me encargaba de ella por las noches y a veces la escuchaba llorar en su habitación. Me levantaba a arrullarla en su cuna con lágrimas en los ojos y el corazón roto.

Fue entonces que empezaron a ocurrir cosas extrañas. Al volver de la parcela, me encontraba con la casa limpia, las camas hechas, una olla sobre la parrilla de la chimenea y leña debajo de ella como si alguien hubiera cocinado, aunque la olla estaba vacía y la leña apagada. No obstante, no había señales de que alguien hubiera forzado las puertas de la casa para entrar. Con el tiempo, nos llegamos a acostumbrar a estos sucesos.

Una madrugada, me levanté porque había escuchado a la bebé llorar. Sin embargo, cuando estaba frente a su puerta, escuché una voz muy parecida a la de Ámbar cantando la canción de cuna que muchas veces había escuchado cuando

Rosarito y los gemelos eran pequeños. Pensé estar alucinando así que abrí la puerta de inmediato. De pie junto a la cuna, usando el vestido blanco de bodas y los pendientes con los que había sido sepultada, estaba Ámbar arrullando a la bebé que ya dormía tranquilamente. Su cabello largo le cubría el rostro ya de por sí oculto en la oscuridad de la noche. Solo fue por un instante y en un parpadeo desapareció dejándome desconcertado.

Todo el día siguiente pensé en ese acontecimiento y dudé de lo que mis ojos habían visto, pero la noche siguiente escuché su canto de nuevo y al entrar a la habitación de María la pude ver otra vez cantándole con dulzura mientras la bebé volvía a dormir. Y así, transcurrieron un par de meses, cada tarde regresábamos de la parcela para encontrar la casa limpia y por las noches me levantaba para contemplarla arrullar a la pequeña que al sentirla dejaba de llorar de inmediato. Agradecí a Dios el poder verla otra vez. Aunque no la pudiera tocar ni hablar con ella, sentía su esencia en la casa, podía ver su belleza y escuchar su voz todas las noches, el aroma de su perfume se impregnaba en cada rincón.

Pero hay cosas que no están destinadas a ser y si nos aferramos a ellas, nos pueden llegar a hacer daño. Gradualmente, el ambiente en la casa se volvió más pesado, y la sensación cálida y agradable que existía cuando veía a Ámbar se tornó fría y sombría. Por más que las cortinas estuvieran abiertas, la luz parecía no entrar a las habitaciones y María se ponía más inquieta cuando su madre se acercaba, por lo que preferí llevarla a dormir a mi cama. Eso pareció alterar a Ámbar, pues los cantos de la madrugada se convirtieron en lamentos que

se oían por toda la casa. Era insoportable escuchar su dolor cada noche y me era imposible dormir. Además, Samanta y Samuel comenzaron a actuar de manera extraña, cada vez más callados y sin ganas de salir a jugar. Rosarito también decía no poder dormir pues se quejaba que una mujer de blanco la atormentaba en sus sueños.

Días después, viendo que todo empeoraba, fui a la iglesia del pueblo a pedir ayuda al cura quien visitó nuestra casa para hacer oración y rociar agua bendita por todos los rincones. Eso calmó las cosas por unos días. Sin embargo, una semana después, desperté por la madrugada debido al sonido de un trueno que se oyó caer en las proximidades. De inmediato, giré mi vista hacia la pequeña María, pero seguía durmiendo plácidamente. Fue entonces que escuché a Rosarito gritar en su alcoba y me levanté a calmarla creyendo que los truenos la habían asustado. Por el contrario, al abrir la puerta me di cuenta que se trataba de algo más. Ámbar se erguía al pie de su cama con los brazos extendidos hacia adelante como si quisiera tomarla por la fuerza. Fue entonces que la luz de un rayo me dejó ver su pálido rostro cadavérico y sus ojos enmarcados en profundas ojeras que le daban una apariencia escalofriante. De pronto, un gutural lamento que se oyó más animal que humano salió de su garganta mientras Rosarito me clamaba por ayuda. Corrí a abrazarla y a decirle que todo estaba bien. Entonces, miré a Ámbar y le grité con todas mis fuerzas.

—¡Lárgate! ¡Vete de aquí! Ésta ya no es tu casa.

Sentí un dolor indescriptible al pronunciar esas palabras, pero al instante, se desvaneció su imagen. Los siguientes días

los niños durmieron en mi cama y trataba de vigilarlos en todo momento.

Una tarde, nos demoramos más en la parcela pues el día anterior había llovido muy fuerte, así que tenía que reparar algunos daños causados por la tormenta. Estaba empezando a oscurecer cuando me di cuenta que Samuel no estaba con sus hermanas. Rosarito me dijo que no se había percatado cuándo había desaparecido ni a dónde se había ido. Comenzamos a llamarlo gritando su nombre sin éxito, así que le dije a Rosarito que esperara y cuidara de sus hermanas mientras yo salía a buscarlo. Temía que hubiera ido al río que pasaba al lado de la parcela, pues estaba crecido debido a la cantidad de lluvia. Al llegar a la cima de una pequeña colina, lo vi caminando directo a él. Se movía lentamente, pero sin detenerse y por más que gritaba su nombre, parecía no escucharme. Entonces, la vi. Flotando en el aire sobre el río se alzaba la figura de Ámbar que lo llamaba agitando su pálida mano y cantando una canción de cuna que apenas podía escuchar. Su largo vestido flotaba agitándose dejando ver que no tenía piernas.

—¡Samuel! ¡Samuel! —le grité con desesperación. No sabía qué hacer, estaba viendo a mi hijo caminar hacia su muerte sin poder hacer nada—. ¡Ámbar, detente! Le puedes hacer daño.

De pronto, el extraño canto se dejó de escuchar y Samuel se detuvo agitando su cabeza como si hubiera despertado de un sueño. Ámbar tenía ahora su mirada puesta en mí.

—Es hora de partir, amor —dije tiernamente, aunque con voz fuerte por la distancia—. Te agradezco por todos estos años, me diste más de lo que jamás te podré pagar. Vete tranquila, cuidaré de nuestros hijos y les hablaré todos los días de la

maravillosa madre que tuvieron. Pero tú tienes que partir. Es hora de descansar.

Su imagen permaneció un momento ahí y, por unos segundos, sentí que estaba viendo a los ojos a la misma Ámbar de siempre. Entonces, desapareció mientras su vestido caía lentamente hacia el río. Fui con Samuel y escuché que llamaba a su madre, lo tomé de la mano y regresamos con sus hermanas mientras nuestros ojos se llenaban de lágrimas. Esta vez, sentía que Ámbar se había ido en verdad.

Tiempo después, nos regresamos a la ciudad con mis padres y mis suegros. Conseguí un trabajo en una fábrica y mis hijos entraron a la escuela. Una noche, mi amada Ámbar me visitó en un sueño. Estábamos sentados bajo un árbol en nuestro pueblo, el cielo abarrotado de estrellas era iluminado por una luna llena color ámbar como la noche en que nos conocimos. Lucía muy joven, sus ojos me miraban tiernamente y podía percibir el aroma de su perfume. Se veía muy feliz, como lo fue toda su vida. Desde entonces, me he aferrado a esa imagen, una Ámbar dulce, cariñosa, generosa y, sobre todo, feliz.

En este punto puedo decir que he tenido una vida plena, llena de alegrías y pesares, de recuerdos lindos que me inundan el alma y momentos inolvidables que me hacen sentir que la vida vale la pena. Ya mis hijos se han casado y me han regalado varios nietos. Mi único deseo ahora es ver a mi amada Ámbar otra vez, sólo espero haber ganado el derecho de entrar a ese sitio donde seguramente se encuentra, ese extraordinario lugar que puede hacer que los fuegos artificiales nunca se extingan y brillen para siempre.

EL BUCLE

LUIS OLIVAS

Qué sorpresa se llevarían ese día un par de escarabajos peloteros que caminaban alegres por un sendero, rodando su bolita de estiércol. Estaban a punto de recibir una lección que haría de ese día, algo extraordinario.

Como cada jornada, cada uno platicaba de sus cosas, de sus planes y sueños. Uno de ellos se llamaba Rolo. Era extrovertido, le gustaba hablar, reír, chiflar y cantar mientas caminaban. Yolo, el otro escarabajo, era un poco más serio y reflexivo, aunque no menos inteligente que su compañero. A Yolo le fallaba una patita, la tenía como más cortita y se le cansaba primero que las otras cinco patas, pero él no le veía problema alguno, había aprendido a ser diferente, es más, decía que caminaba con estilo.

A Rolo le parecía que el camino para llegar a la madriguera era más largo que de costumbre y se sentía un poco cansado y fastidiado de recorrer siempre el mismo camino con su bolita de estiércol, y así lo externaba quejándose de vez en cuando.

De repente, saludaron de nuevo a un grillo que estaba tomando el sol en el tronco de un gran árbol.

—Otra vez el grillo —dijo Yolo—. Algo anda raro por aquí. Pero no le dieron importancia y siguieron caminando.

Cuando el sol estaba por esconderse detrás de una verde colina y las sombras se hacían cada vez más largas, volvieron a saludar al grillo, fue entonces que se dieron cuenta de que habían estado caminando alrededor del árbol todo el día. Estaban molestos y agotados por no haberse dado cuenta antes. Ya era demasiado tarde para volver a su madriguera, así que decidieron pasar la noche pegados al árbol para evitar los peligros de la oscuridad. No pudieron dormir bien pues se sentían lejos de casa.

La mañana siguiente continuaron caminado, seguros de tomar el rumbo correcto, cuando después de un rato, el grillo los saludó de nuevo.

—¡No, no, no, no! —gritó Rolo— ¿Qué está pasando?

Haciendo ademanes con las patas delanteras, con estruendo.

—Estamos atrapados en un bucle de tiempo —dijo Yolo, y agregó pensando más profundamente—. ¿Cómo es que caímos aquí?

—¿Qué es lo que les sorprende? —intervino el grillo, que era un espécimen de barbas blancas, antenas arrugadas y patas delgadas pero fuertes—. ¿Qué no hacen siempre lo mismo? Se levantan temprano, trabajan todo el día, comen y duermen, y así, día tras día.

—¡Pues sí!, eso hacemos todos los días… llevar una bolita de estiércol —respondió Rolo con mala cara.

—¿Y eso… no es estar atrapado en un bucle? —preguntó el grillo.

—Es que no es lo mismo —dijo Yolo tratando de defender su teoría del bucle de tiempo, y continuó explicando de manera

apasionada—: El bucle es cuando atraviesas un periodo de tiempo y espacio, que para ti fueron cinco minutos, pero para los demás pasaron cinco años.

—¿Y cuál es la diferencia? —indagó el grillo—. Al salir del supuesto bucle ya pasaron los años, sin darte cuenta, y cuando menos lo piensas ya estás viejo, arrugado y, tal vez, ni disfrutaste la vida. Ustedes solo están desorientados.

Se notaba que el grillo tenía gran experiencia.

—¿Cómo hacemos para salir? —preguntó Rolo, con prisa de escuchar la respuesta.

—Pues aún pueden hacerlo —dijo el Grillo y los invitó a subir al árbol.

Cuando los escarabajos vieron todo desde arriba se dieron cuenta de lo pequeño que era su mundo y de todas las estaciones que habían estado caminado alrededor del árbol, solo mirando el piso. También se dieron cuenta de que todos los días hacían lo mismo y sus vidas eran muy monótonas.

"Desde arriba se ven tantas cosas: más flores, animales, mucha más tierra y espacio. Es increíble y está a solo una corta distancia de nosotros", reflexionaba Yolo.

—¿Cómo salimos del bucle? —insistieron al mismo tiempo.

El grillo les explicó: "Solo tienen que sentir, moverse y disfrutar ¿Sienten lo rasposo de la corteza? ¿Sienten el viento en la cara, el calor del sol, el olor de las flores? ¿Alguna vez se han mojado bajo la lluvia? ¿Se han enamorado intensamente? ¿Cuántos escarabajos han conocido últimamente o algunos otros animalitos del bosque? ¿Han disfrutado las historias de los otros?"

Las antenas del grillo vibraron con emoción mientras hablaba de esto con Rolo y Yolo. Ellos se quedaron pensando en todo lo que habían escuchado y, sin saberlo, disfrutaron del momento porque sintieron en su corazón cómo se abría frente a ellos una puerta de luz.

—Bueno —dijo Yolo—, es hora de partir. Y se despidieron del Grillo efusivamente.

Los escarabajos de nuevo tomaron su bolita de estiércol, pero ya nada parecía igual. Algo había cambiado en ellos y veían las cosas de manera diferente. Pensar en "el bucle" les causaba risa pues era gracioso que había transcurrido sólo una mañana, pero sentían que habían pasado por años de aprendizaje y así, con un cansancio, de ese que de disfruta, continuaron su camino a casa cuando ya pardeaba la tarde.

NO MÁS FELIZ NAVIDAD

MARIANA ESTOLANO

Después del día de muertos el tiempo transcurría con mayor rapidez. Aunque todas las horas están compuestas por la misma cantidad de minutos y segundos, a partir de entonces los días corrían con tal velocidad que la Nochebuena llegaba sin piedad en un abrir y cerrar de ojos. Sí, sin piedad, trayendo consigo el dolor por la ausencia de la abuela. Desde hace tres años que pasaban las dichosas fiestas con su silla vacía. La palabra fiesta en época decembrina se traducía en desolación. No todos los integrantes de la familia se reunían para la cena, y quienes lo hacían no se sentaban a la mesa simultáneamente, pues la ausencia de la abuela pesaba en demasía. Ella murió víctima de un tumor en la cabeza.

La abuela era buena, buena de entraña. Durante los sesenta y nueve años que había pasado por esta tierra no mató un alma humana. Cierto es que tuvo que sacrificar algunos conejos y pollos para alimentar a su familia (quizás a un guajolote o un cerdo cuando la ocasión lo ameritaba. Propinó desesperada algunos escobazos a los perros que en el traspatio descolgaban la ropa húmeda del tendedero), pero había sido una buena madre y esposa. Además, una dama respetable y mesurada. A pesar de su buen comportamiento, enfermó y sin más, ¡se fue!

A decir verdad murió demasiado pronto, mucho antes siquiera de abandonar su cuerpo. Pues el día que recibió la noticia de que tenía cáncer comenzó a dejar de existir. Perdió su intención y las ganas de vivir. Moría aceleradamente mientras su corazón aún latía sin que el cáncer pareciera afectarlo; pero su alma estaba rota. ¡Le había faltado tanto por vivir! Sesenta y siete de sus sesenta y nueve años cumplidos había sido prudente, siempre paciente y esperanzada en un futuro programado, como tantos seres humanos. Postergó planes, antepuso varios menesteres a sus deseos; pero lo más grave fue que justificó el no concretarlos por ser madre, esposa o, en años más lozanos, por ser hija y en algún tiempo por labores propias de su trabajo. Muchas cosas habían sido prioritarias sobre sus anhelos personales, pues solía pensar que habría tiempo en el futuro para lograrlos. Poca cosa: aprender a tocar el piano, viajar a Europa, escribir sus memorias. ¡Pobre abuela! Desde su partida imperaba la tristeza en aquella casa desolada.

Refugio, su hija que se dedicó a cuidarla sus últimos meses, tenía la mirada apagada. Los hermanos de la abuela y el resto de sus hijos, hermanos de Refugio, que la habían acompañado paulatinamente por el árido y escabroso camino que transitó previo a su ocaso endurecían el gesto al recordar su nombre. Los nietos pequeños no comprendían lo que significaba la muerte; pero quedaba claro que era la más grande desgracia que podría suceder, pues la abuela ya no estaba y además, desde que les avisaron "que se había ido al cielo" predominaban las caras largas que solían acompañarse de sollozos y lágrimas.

Ese tercer año de ausencia de la abuela en la víspera de la Nochebuena, Refugio decidió sacar la antigua vajilla, esa que

se usaba en ocasiones especiales. No pensaba ataviar la mesa con sus componentes; pero quería desempolvar y tocar aquellos tesoros que habían sido de su madre. Llevaban guardados dos años, así que más valía sacarlos y limpiar los cajones del viejo trinchador. Al momento de retirar los platos planos y la caja de los cubiertos de plata encontró un sobre un poco opaco por el polvo que entró por las ranuras de los cajones; pero por lo demás se veía intacto. En la parte exterior decía: "Familia".

Con extrañeza, Refugio tomó el sobre y lo sacó desde el interior de una hoja delicadamente doblada. Después de leerla y derramar algunas lágrimas llamó a sus hijos emocionada solicitando su ayuda para ordenar la casa, vestir la mesa con los mejores manteles y, por supuesto, ataviarla con aquella preciosa vajilla. Mientras tanto, llamó a sus hermanos y al resto de la familia allegada. La voz de Refugio era entusiasta, hasta cierto punto desconcertante e incongruente con sus modos adquiridos a partir de que la abuela enfermara.

Más que por deseo genuino, los integrantes de aquella familia llegaron por la curiosidad e incertidumbre que despertó en ellos la llamada de Refugio. La cita era el veinticuatro de diciembre a las siete de la tarde con la apacible negrura del anochecer temprano.

¡La casa lucía hermosa, limpia y ordenada como antaño! Un gran árbol de Navidad hermosamente decorado dio la bienvenida a cada uno de los invitados, que no lograban salir de su asombro. Entraban sorprendidos a aquella casa de su infancia sin sentir el pesar que despertaban esas fechas los últimos años.

El aroma esparcido a partir de la cocina invitaba a sonreír y despertaba sus sentidos abriendo el apetito. Los hijos de Refugio saludaban alegres mientras continuaban decorando la base del árbol y la chimenea. Extrañamente fue distinto el ingreso a la casa. Entre las decoraciones, la música navideña que en otro tiempo la abuela acostumbraba, las sonrisas de los anfitriones y esa voz dulce, y a la vez emocionada, de Refugio no hacía posible endurecer los rostros y generar las lágrimas habituales despertadas por la tristeza que traía consigo la ausencia de la abuela, quien en vida cumplía años precisamente en esa fecha, el veinticuatro de diciembre.

Los invitados ocuparon la sala, algunos bebían ponche de frutas. Los osados se sirvieron del coctel de mezcal con clavo, anís y jamaica; otros del ponche frío de cítricos, vino blanco y canela. En la mesa de centro había algunos platos con nueces, trozos de chocolate y frutos deshidratados. Además, sobre dicha mesa se encontraban unas hojas enrolladas con un fino listón verde de terciopelo con la orilla dorada. Refugio les pidió que, quienes quisieran, tomaran alguno de los rollos y lo extendieran para leer su contenido al mismo tiempo que ella, pues eran copia del papel que tenía en su mano: la carta original.

27 de Noviembre de 2018.

Ruego porque alguno de mis cariños encuentre mi carta este año. De no ser así, que sea el siguiente o al menos que no pase un lustro sin que la descubran, pues la vida pasa tan rápida y abruptamente; no

se da uno cuenta, o al menos yo no pude, verlo con la claridad que ahora lo percibo, cuando mi mente disipa el dolor y mantiene la congruencia. Quiero agradecerles por haberme dado tantas alegrías y una que otra pena; aunque debo señalar que en general, las tristezas y molestias que llegué a sentir fueron auto infringidas. ¡Nos gusta sentirnos tan importantes, como si lo que los demás hicieran lo ejecutaran pensando en que significara algo para nosotros! Las personas vamos actuando en general de manera inconsciente, así como respiramos. Comemos sin realmente disfrutar morder la carne blanda de un estofado, tan llena de sabor que se desintegra fácilmente en la boca. No disfrutamos como debiéramos del jugo de la manzana que se libera al cortar su firme pulpa a partir de esa blanda coraza que es su cáscara.

Es cierto que a veces duele esta mierda que me ha tocado en suerte, pero nada ha sido tan duro como el enfrentar que la vida se acaba y que aún tengo pendientes. Nadie tiene la culpa, ¡Ni siquiera yo! De lo único que soy responsable, y a medias, es de sentir que siempre habría otro día u otra oportunidad. No cometan ese error y, por favor, no quieran empañar una fecha de regocijo con el recuerdo de mi muerte. Ya la he visto y no es tan temible como creen. He saludado a mis padres y a mis hermanos Julio, Emilio y Carlos. Sé que no me iré del todo, pues tengo la esperanza de haber trascendido en

ustedes y que los recuerdos que hayamos formado juntos sean más amenos que tristes. ¡Vivan! ¡Yo viví y disfruté! No sientan pena porque me hayan faltado cosas por hacer. ¡Tristeza daría despedirse de este mundo sin anhelar más! Lo he pasado bien. No tengo tormentos que cargar y espero ustedes no los carguen tampoco y menos que quieran achacarlos a mi recuerdo. Vivan procurando no hacer daño, pero también sin esperar tanto ni del tiempo, ni de quienes están a su lado. Cada uno se irá como me estoy separando yo, de mi cuerpo maltrecho. Cuiden el suyo; pero dense sus gustos. ¡Coman, bailen, corran si les apetece! ¡Lloren, rían sin mesura, amen! No hay tiempo para mucho más.

Los amo.

Hubo algunas lágrimas en los rostros de los más sensibles; pero eran lágrimas de un dulzor del que carecían las previas, amargas y saladas pues entonces emergieron de una emoción diferente acompañando el dolor por la muerte acontecida. Entre abrazos y sonrisas pasaron a la mesa a disfrutar de la cena que preparó Refugio. Se sentaron sin dejar asientos vacíos, sin alimentar el dolor por la ausencia; al contrario, viviendo el regocijo de continuar unidos y ser parte de la descendencia de aquella mujer que efectivamente había vivido.

EL REFLEJO EN LA OBSIDIANA

JULIÁN MONTIEL

Quitze abrió los ojos. Frente a él se vislumbraba un paraje desolado. A lo lejos grandes montañas azules coronaban su visión. Tenía frio, el sol no calentaba y había perdido toda su luminiscencia. Sus pies se sentían acalambrados y la tierra que pisaba parecía no recibirle de buen grado. Sin embargo, caminó.

Lejos, cerca de la montaña se veía algo grande y puntiagudo.

—¿Cuánto tardaré en llegar a allá? —Se preguntó entrecerrando los ojos.

—¡Cuatro años! —Una voz respondió a sus espaldas.

Al voltear se encontró con un perro sin pelo y con orejas puntiagudas.

—¿Quién eres? —Le preguntó incrédulo.

—Todos me conocen por Xolo. Estoy aquí para ayudarte y guiarte en este nuevo camino.

—Pero, ¿qué es esto?, ¿dónde estoy?

—Bien sabes lo que ha pasado. Ahora frente a ti se abre un camino difícil, uno que todos debemos cruzar.

Quitze sintió algo en el estómago, algo subía por su garganta y llegaba a su boca. Con un espasmo devolvió tres pequeñas piedras verdes.

—Te servirán en su momento —le dijo la voz del canino—. También esto… —Le mostró un envoltorio en un trapo y un morral que estaba frente a él—. Tómalos y llévalos contigo, sabrás cuándo debes usarlos y, en su momento, no desesperes, la verdad vendrá y con ella tu destino.

En ese momento el perro salió corriendo. Tras un momento de duda, Quitze decidió seguirlo. Recogió el envoltorio, lo metió en el morral y salió corriendo detrás de él. El perro paró a la orilla de un gran río, Quitze se acercó.

—Esto es el Chiconahuapan. Debemos cruzarlo hoy. ¡Ahora! ¡Rápido!, sube a mi lomo.

Dudó un poco pero se montó con rapidez y juntos saltaron al río. Atravesarlo no fue fácil. Sin embargo, el perro lo llevaba al parecer sin que le pesara demasiado. Pronto alcanzaron la otra orilla. Quitze bajó de su lomo. El perro se sacudió toda el agua, su piel sin pelo no retuvo demasiada.

—¡Qué bueno que te encontré! —le dijo al perro.

—¡Gran fortuna! —le respondió el can.

La montaña que había visto a lo lejos ahora se divisaba, descubrío que que no era uno, sino dos, una al lado de otra y entre ellas pasaba un camino. Quitze miró fijamente el camino que cruzaba entre ellos. Algo no era normal. Volteó para ver al perro:

—¿Cruzarás?

Tomó una piedra del suelo y la aventó al camino que cruzaba las montañas. Cuando la piedra golpeó el plano ocurrió un derumbe y rocas pesadas de ambos lados obstruyeron el paso aplastando todo lo que pasara por ahí. Después las piedras volvieron a su lugar. Como si fueran una cortina.

—Eso pudo haber caído sobre nosotros —dijo el joven agradecido de haber lanzado la piedra y darse cuenta que era una trampa.

—Les dicen El Monamictlan —le explicó el can—, los cerros que caen.

Quitze sintió dentro de su morral las piedras que había regurgitado y metió la mano para sacarlas. En su mano brillaban con un precioso color verde esmeralda.

Decidido tomó una.

—Prepárate —le dijo al perro.

Seguido la aventó al camino. Las montañas retumbaron y de la piedra verde surgió una intensa luz. Las piedras de los cerros se detuvieron en el aire.

—Ahora ¡corre! —le ordenó a su compañero.

Cruzaron el paso. Al llegar al otro lado, la luz de la piedra cesó y los rocas cayeron sobre el camino. La piedra perdió su hermoso color y se volvió una roca común.

Continuaron su camino hasta encontrar un cerro cubierto de filosos pedernales.

—No hay forma de subir. No sin acabar con la piel y las manos desgarradas.

Quitze miró a su perro y este le devolvió una mirada vacía.

—Llegó mi momento, querido amigo. Te guiaré en espíritu y siempre cuidaré de ti. Regresaré a Itzcuitlan para guiar a otros viajeros. Toma este morral, adentro encontrarás un pedernal, úsalo ahora y sigue el camino —su compañero de cuatro patas se despidió.

Quitze sacó un enorme pedernal tan afilado como la navaja más fina. Supo lo que tenía que hacer: Tomó el pedernal, cerró

los ojos y con fuerza rasgó el cuello de su fiel compañero. Derramó unas lágrimas mientras veía el cuerpo sin vida de su compañero. Cortó su piel y con ella cubrió sus manos, rodillas y pies, de esta forma comenzó a escalar el muro sin cortarse y morir desangrado.

En la cima un viento trajo enormes nubarrones negros que soltaron un torrente de nieve y granizo que cortaban como navajas.

—No puedo más —se dijo Quitze y cayó desmayado bajo la nieve.

Despertó después de que la tormenta terminara de soplar. Se levantó y continuó su camino. Sintió sus pies ligeros, la tierra bajo él se sentía más suave, entonces experimentó cómo su cuerpo comenzaba a elevarse y comenzaba a flotar. Sintió que su peso era cada vez menos. Entonces miró abrumado hacia arriba y divisó una multitud de cuerpos descarnados sin vida. Observó que la atmosfera lo llevaba hacia ellos. Cuanto más subía hacia aquel lugar, más sangre dejaba su cuerpo. Lo único que pesaba era su morral que contenía las dos piedras que aún guardaba. Tomó una con su mano y al sostenerla la piedra empezó a pesar más y más. Era tanto el paso que ganaba que evitó seguir subiendo y comenzó a descender hasta regresar a la tierra. Entonces la joya perdió todo su color y se volvió una piedra más.

Le dio gusto estar a salvo una vez más. Decidido a seguir adelante continuó su camino. Hasta que llegó a una pendiente que bajaba en espiral internándose en un cañón oscuro que parecía no tener fondo. Pasmado, comenzó a escuchar silbidos

cada vez más fuertes y numerosos. Eran flechas que pasaban cerca de él.

—No te detengas —escuchó la voz de Xolo en su cabeza.

Corrió así por esa terrible oscuridad hasta que su cabeza se golpeó de frente con una pared de piedra. Se sentó para recuperarse. Con el paso de los minutos, sus ojos se adaptaron y comenzaron a ver mejor: Vio dos pequeñas luces. Parecían dos rubies que flotaban uno junto al otro. Extrañado, siguió mirándolos hasta que de pronto parpadearon. Un ronco gruñido se escuchó en la obscuridad, una figura en la caverna comenzó a distinguirse, tenía manchas negras y sus ojos brillaban con el rojo intenso del rubí. El joven viajero se quedó inmóvil, estupefacto ante la enormidad del animal que aparecía frente a él. De inmediato sacó su pedernal para defenderse.

—¿Pretendes defenderte con eso? —Lo amenazó el animal con voz ronca.

Comprendió que, en efecto, nunca podría vencer a ese enorme animal con su pedernal. Así que le gritó:

—¡Detente! Soy Quitze Yamanautli, hijo de Yamanochtli, y debes dejarme continuar mi camino.

El enorme animal se detuvo.

—¿Quieres pasar?, ¿quieres llegar al lugar sagrado? Dime, ¿qué tienes para pagar? Dame algo que sea tuyo, que nadie más pueda tener, lo más valioso que tengas.

Quitze metió la mano en su morral y sacó el envoltorio y la piedra de jade. Sólo le quedaba la última piedra. Tomó entonces su pedernal y con un fuerte movimiento se cortó el pecho y con sus manos ensangrentadas sacó su corazón de entre sus entrañas. El animal saltó sobre él y Quitze aventó su

corazón al fondo de la caverna. El animal gigantesco, que era el guardián del pozo, se avalanzó sobre el corazón y lo devoró. Ese instante fue suficiente para que Quitze escapara.

Por mucho tiempo recorrió Quitze el páramo, adentrándose en bosques sin hojas, caminos sin rumbos y cielos sin estrellas. Hasta que un día llegó al borde de un pantano de aguas negras, ingreso hasta llegar a un punto donde su cuerpo se hundía más y más y cada movimiento lo adentraba más en el agua obscura. Hundido en el pantano sólo su brazo sobresalía. Se sintió perdido. Entonces percibió que alguien lo sujetaba y jalaba. Era Xolo que lo sujetaba del brazo. Pero era sólo su esencia, no tenía un cuerpo, sino era sólo su alma.

—No tengo la fuerza para sostenerte —le dijo—. ¡Debes desprenderte de tu cuerpo! Sólo así poder sacarte.

Un vistazo de su vida recorrió su mente, su vida había terminado y era el momento de aceptarlo. Aquel cuerpo ya no tenía lugar. Debía desprenderse totalmente de su cuerpo terrenal, que para entonces no era más que huesos y pellejos. Así que, con un último respiro, lo soltó. Xolo lo sacó del lodo y al salir vio como se consumía su cuerpo terrenal hundido en las profundidades de aquel negro pantanal.

—Ahora eres un Tonalli, un alma. Ya no podré ayudarte. Pero mira allá lejos. ¿Ves? Aquella pirámide que viste al descender ahora está al alcance. Allá se encuentra el Mictlán y los Señores que rigen ahí.

Xolo desapareció.

Al llegar a la pirámide, vio muchos cuerpos en su base y todas las escalinatas estaban manchadas de sangre. En lo alto dos grandes hogueras alumbraban el recinto. Poco a poco subió

las escaleras. Se adentró en el templo y el suelo que lo cubría era un manojo de huesos rotos, cráneos y enseres como ollas de barro y vasijas bellamente pintadas.

Tomó una antorcha de una de las paredes y la uso para alumbrar su paso. Con sus pies aplastaba escorpiones y alimañas. Pronto llegó a un amplio recinto donde había dos grandes tronos de madera que coronaban el lugar. Al fondo apareció un cuerpo esquelético, tenía el rostro calavérico y un hermoso penacho sobre su cabeza. Fue a sentarse en uno de los tronos y resopló:

—¡No hay existencia sin la muerte!

—Bienvenido, Quitze Yamanautli —dijo otra voz.

Por una esquina apareció otro cuerpo descarnado. Vestía hermosos tocados de colores y en su cabeza portaba un penacho con largas plumas.

—Aquí te recibo. Pues yo soy Mitlantecuhtli. Y ella la diosa de la muerte Mictecacihuatl. Ya que estas aquí, nosotros decidiremos si tu alma es liberada. Tú, que con tus manos has creado infinidad de ornamentos las has usado para terminar con tu propia vida, por eso ahora te estamos juzgando. Aunque has llegado tan lejos ahora no tienes nada que dar. ¿Llegas ante mí con las manos vacías?

En ese momento lo único que tenía Quitze era la última piedra.

—Gran Señor, para llegar aquí he librado muchos males y sí, en verdad, lo he perdido todo, pero para ti que eres infinitamente poderoso, sólo tengo esto.

De su puño surgió una luz que creció hasta ser enorme, el último jade brillaba con intensidad en la palma de su mano. El dios quedó asombrado. Estiró su brazo esquelético y tomó el jade en su mano.

—Él acepta este brilloso regalo —dijo la diosa—. ¿Pero a mí que me darás?

En vida Quitze era cortador de piedras. Para asombro de los dioses se sentó con las piernas cruzadas tomó el envoltorio y sacó la obsidiana. Con una piedra comenzó a golpear la obsidiana en bruto, su golpeteo soltaba esquirlas afiladas. La tomó en sus manos y convirtió la piedra en un hermoso espejo de obsidiana. Los dioses nunca habían visto el hacer de las piedras y formarlas a gusto. Se adelantó y lo entregó a la diosa de la muerte. Ella lo miró y al verse en el espejo soltó el grito más agudo y terrible. En eso, la imagen en el espejo cambió y, en vez de un rostro descarnado, mostró la imagen de una bella mujer de cabellos largos lacios y negros que jamás sería superada por ninguna otra belleza del mundo. Los dioses cruzaron una mirada y le dijeron:

—Tomaste tu propia vida, pero lo hiciste para salvar a tu familia del sacrificio ritual. Haz pagado y estamos satisfechos. Por eso puedes irte y elegir si vuelves a vivir o ascender a los trece cielos.

—Quiero revivir, rehacer lo que no hice y recuperar lo que perdí —Fue su decisión.

—Vete ya.

Qutize retornó a la vida y la diosa, atónita, se quedó mirándose al espejo por siempre.

LOGAN

JOSUÉ CASTREJÓN

Era una brillante mañana de junio. Una de esas mañanas en las que el aire fresco y la luz dorada del sol prometen aventuras. Emiliano, un niño de once años, con piel morena clara y cuerpo regordete, caminaba hacia la escuela con su hermana Helena, de ocho años, menuda, flaca y morena. Sus voces resonaban en las calles tranquilas mientras hablaban sobre su videojuego favorito en el que Logan, el personaje principal, siempre salvaba el día.

Al acercarse a la escuela notaron algo inusual: un perro mestizo, parecido a un galgo, de pelaje blanco y mirada dulce, profunda y acuosa, los observaba desde la acera. Parecía cansado y hambriento, pero su mirada irradiaba una especie de bondad que hizo que el corazón de Emiliano latiera más rápido.

—Mira, Helena, ¡un perro! —exclamó Emiliano acercándose cautelosamente.

—¿Crees que esté perdido? —preguntó Helena manteniéndose a una distancia segura por su alergia.

Emiliano, sin pensarlo dos veces, sacó su sándwich de huevo que su mamá le había preparado para el almuerzo y se lo ofreció al perro. El animal devoró el sándwich con entusiasmo moviendo la cola en señal de agradecimiento.

—Lo llamaremos Logan —dijo Emiliano inspirado por su héroe de videojuego.

Desde ese día, Logan se convirtió en una presencia constante en la vida de Emiliano y Helena. Cada mañana, el perro los seguía hasta la escuela. Esperaba pacientemente en la puerta roja hasta que los niños salieran al final del día. Luego los escoltaba de regreso a casa, siempre atento y protector.

Aunque Helena no podía tener a Logan dentro de la casa debido a su alergia, Emiliano le construyó una caseta en el patio. No entraba a la casa, pero tenía refugio, comida y la diversión de perseguir ladrando y gruñendo a los ciclistas que pasaban frente a la casa.

Cada tarde, después de hacer sus tareas, Emiliano pasaba horas acariciando y jugando con Logan, contándole sus sueños y preocupaciones.

Logan rápidamente se ganó el corazón de todos en el vecindario. Era un perro amable y paciente, siempre dispuesto a recibir una caricia o a jugar con los niños. Su presencia se volvió una parte esencial de la rutina diaria de Emiliano y Helena.

Pasó un año y Logan se había convertido en una parte fundamental de la vida de Emiliano y Helena. Cada día estaba lleno de pequeñas aventuras y momentos especiales. Logan era más que un simple perro, era un amigo fiel y un guardián leal.

Las cosas malas generalmente ocurren en días soleados y aquella tarde de otoño no fue la excepción. Mientras Emiliano jugaba videojuegos en su habitación escuchó un sonido que le heló la sangre: el chirrido de las ruedas de un automóvil frenando bruscamente. Sin pensarlo dos veces salió corriendo de su casa, su corazón latía desbocado en su pecho. Lo que vio al salir fue la materialización de sus peores temores: Logan yacía en el pavimento sobre un charco de su propia sangre. Un grito

de desesperación brotó de los labios de Emiliano mientras se arrodillaba junto a su amigo herido.

—¡Logan! ¡No, por favor! —sollozó.

Sus lágrimas caían sobre el pelaje blanco del perro. Logan, con su última fuerza, movió ligeramente la cola, como si quisiera consolar a su joven amigo. Luego, sus ojos se cerraron suavemente, dejándolo en un sueño eterno.

Emiliano lloró inconsolable, sentía un dolor profundo que nunca antes había experimentado. La pérdida de Logan dejó un vacío inmenso en su corazón.

Los meses pasaron y, aunque el dolor nunca desapareció del todo, la vida siguió adelante. Emiliano comenzó la secundaria, se enfrentó a los desafíos de una nueva escuela y un ambiente diferente. Fue en esta nueva etapa de su vida donde encontró a un grupo de tres acosadores que parecían haberlo elegido como su blanco favorito. El líder de "los matones", un chico alto y delgado con una mirada fría, parecía tener una especial aversión por Emiliano.

Cada día en la secundaria se convirtió en una prueba para Emiliano. Los tres rufianes, liderados por un chico llamado Marcos, lo molestaban constantemente. El líder, con su rostro siempre torcido en una mueca de desprecio, disfrutaba humillar a Emiliano frente a sus compañeros: le robaban su almuerzo, le ponían zancadillas y se burlaban de él sin piedad.

Emiliano, a pesar de todo, mantenía la cabeza en alto. Pensaba en Logan y en cómo su amigo siempre había sido valiente y protector. Pero la situación empeoró un día en que Marcos comenzó a seguir a Emiliano después de la escuela porque decidió que era el momento de dar un paso más en su

crueldad. Recordó la navaja automática que había robado de su hermano mayor, un ladronzuelo de poca monta. La llevó consigo, escondida en la chaqueta, mientras seguía a Emiliano en su camino de regreso a casa.

El niño caminaba solo, absorto en sus pensamientos, cuando sintió una presencia detrás de él. Se giró y vio a Marcos con una expresión maligna en el rostro.

—¿Qué quieres, Marcos? —preguntó Emiliano tratando de sonar valiente.

—Hoy te enseñaré una lección, gordito —masculló Marcos sacando la navaja de su chaqueta.

El corazón de Emiliano latía con fuerza mientras retrocedía lentamente buscando una manera de escapar. Pero, antes de que pudiera reaccionar, Marcos avanzó hacia él con la navaja en alto. Y justo cuando estaba a punto de atacar, algo extraordinario sucedió. Marcos gritó de dolor y dejó caer la navaja agarrándose la nalga izquierda. Parecía haber sido mordido por algo invisible.

—¡Aaaah! ¡¿Qué es esto?! —gritó Marcos mirando a su alrededor con pánico.

Emiliano, atónito, no podía creer lo que estaba viendo. No había nadie más en la calle, pero sentía una presencia cálida y familiar. Como si Logan estuviera allí, protegiéndolo.

Marcos salió corriendo. Dejó a Emiliano solo y sorprendido. Recogió la navaja y la tiró en un contenedor cercano. Sabía que, de alguna manera, Logan había intervenido para salvarlo.

Con el tiempo, Emiliano comprendió que el amor de Logan no había desaparecido con su muerte. De alguna manera el espíritu del perro seguía cuidándolo, demostrando que algunos

amigos nunca nos abandonan, ni siquiera después de dejar este mundo.

La historia de Logan se convirtió en una leyenda en la vida de Emiliano y Helena. Cada vez que se sentían tristes o necesitaban consuelo recordaban al fiel Logan y la increíble conexión que compartían con él. Era un recordatorio de que el amor verdadero y la lealtad pueden trascender incluso las barreras más definitivas.

Emiliano creció, enfrentándose a los desafíos de la vida con la valentía y el amor que Logan le había enseñado. Aunque el perro ya no estaba físicamente a su lado, su espíritu vivía en cada acto de bondad y cada gesto de protección que Emiliano realizaba.

Quizá el amor es lo último que se va.

ENTRE LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES

MÓNICA BUTRON

Esa sería la última vez que la espiritifláutica contemplaría hojas bajo las copas de los árboles, no podría volver a disfrutar del aroma matinal a durazno; desaparecerían de su vida las hermosas formas de las hojas de la higuera, éstas habrían dado cobijo al pequeño durante aquella terrorífica noche.

En mi viaje de vida, conocí a una mujer, su voz contenía gotas de miel. Ella me compartió cuando tenía cuatro otoños el secreto para matizar hojas elaboradas de migajón, era mi labor antes de asistir al kínder. La pasta reposaba apacible en dos hueveras para recrear las formas caprichosas de las hojas en la naturaleza. Yo apenas rozaba la altura de la mesa del comedor ubicada en un cuarto obscuro.

Necesitaba inspiración, tomé mi mesita apolillada y la desdoblé en el jardín posterior. Ese día el aire sabía a higos, una vez sentada, y cómoda en mi sillita, cargué el pincel con las gotas de óleo ordenadas a la perfección en un platito. —Rembrandt seguro estuvo celoso de su paleta de color, años después la pequeña visitaría su casa para deleitarse con su claroscuro.

Tomé entre mis dedos la brocha y miré hacia el cielo. —Algunas nubes la veían divertidas, parecía un helicóptero con esas coletas asimétricas.

Aprendió el arte de la contemplación de esa mujer —ella era considerada la artista del pueblo—. A su puerta tocaban chiquillos quienes habían comprado en abonos sus creaciones llenas de alma; ellos con entusiasmo las regalarían a sus madres y abuelas. Las monedas irían a la "caja secreta", ahí donde ese tintineo presagiaba la libertad. Un poco más y podrían escapar...

Observó las copas de los árboles, su mirada penetró en ellas hasta saborear la musicalidad del vals que interpretaba el vaivén del follaje. Había capturado en su mente el instante poético del sol reflejado en las hojas: esos destellos atravesaron el corazón de esta criatura. Por un segundo alivió los dolorosos momentos de maltrato vividos junto a su mamá. Hija y madre eran frágiles hojas marchitas por dentro.

La chiquilla esbozó una sonrisa, las inertes hojas de pasta habían cobrado vida, cada gesto de color representaba el efímero juego entre el aire y los rayos atravesando aquel dosel.

—*¡Mijita, has terminado!* —exclamó orgullosa de su criatura y de su creación—, *¡una hoja del árbol ha caído en tu regazo!*

La mujer señaló el follaje tan bien difuminado por su retoño. Ante sus ojos se fusionó la visión de dos artistas, el velo del vacío se disipó y ambas fueron verdes hojas por un instante.

Minutos más tarde, era momento de abandonar los pinceles, volvió al rostro de la pequeña el ceño fruncido que la caracterizaba. Con uniforme puesto se dirigió al colegio.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac, al fin el reloj marcó las 12:00, era hora de regresar a casa. Todo era felicidad, el plan era hornear bisquets durante la tarde, pero…

Mi madre abrió el zaguán, entramos y mis ojos se sobresaltaron al descubrir en la entrada de la casa, una extraña planta y un enorme par de zapatos.

—Vámonos, no entremos, todavía hay luz —suplicaba la niña a su madre, pero ella solo le apretó su manita.

La mujer fue víctima de un caballo negro, quien la vulneró día tras día hasta perder su identidad. Tenía estudios de licenciatura, pero decía no saber leer ni escribir. Afortunadamente, nunca olvidó su talento para crear sus "cositas", como indebidamente llamaron a esas obras llenas de alma.

Al abrirse la puerta, pudieron ver textos pintados en las paredes de la sala. Palabras ininteligibles saltaron de las paredes como puñales, anunciando con certeza el galope del corcel de la muerte. Agonizaban los corazones estrujados dentro de tres cuerpos impávidos ante el escalofriante espectáculo literario. Las estrofas retumbaron como un cielo encapotado presagiando una tormenta.

Era demasiado tarde, el velo de la noche había caído sobre nosotros. Mi hermanito y yo nos encontrábamos en la recamará, situada en la parte posterior de la casa, a un costado estaba la puerta por la cual salía a matizar las hojas, esa puerta amiga que nunca me defraudó.

El caballo entró a la habitación, era enorme o ellos eran muy pequeños. No quedaba nada del hombre pidiendo clemencia a su familia cinco días antes, vivían con un mitómano. Esas pupilas clamaban sangre. Por fin mostraba su verdadero rostro, el de un demonio capaz de poner de rodillas al mismo Lucifer. Ese engendro podía apagar el infierno con tan solo desearlo.

Miramos hacia arriba hasta cruzar nuestros ojos con los ojos del monstruo, la espeluznante voz nos dijo:

—No tienen permitido salir de la casa, pase lo que pase y oigan lo que oigan. De hacerlo pasaran cosas terribles. — Salió del cuarto.

Nunca entendí por qué no cerraba la puerta con llave, ¿sería parte del juego maquiavélico a enfrentar? o ¿acaso su perverso corazón le impidió ver a una niña inteligente, con mucho miedo, pero estratega, quien tenía un plan de escape perfecto? Tras haber examinado día tras día el campo de batalla, conocía cada orificio, zanja y hojas en cada árbol de esa casona.

Los adultos subestiman a los niños, pero ellos contemplan, sienten, piensan y recuerdan todo.

Un silencio sepulcral reinaba, los grillos presagiaron el caos. De pronto se escuchó un gran estruendo, algo muy pesado cayó sobre el piso, ¿habría muerto el sillón forrado de terciopelo rojo? (durante las "buenas" tardes se sentaron en él a leer cuentos de hadas).

Había llegado el momento, tomé de inmediato al chiquito de dos años y le susurré al oído:

—Shhh… no hagas ruido —Él asintió con la cabeza y caminó detrás de ella.

Abrí la puerta, rogando que no se oyera el rechinar. La puerta correspondió, guardando silencio, fue una ofrenda a nuestra amistad. Estábamos en el patio, las copas de los árboles se cerraron entre sí para encubrir nuestro escape.

Las polillas brujas que se gestaban en el tronco del gran árbol fueron testigos del sórdido ruido cuando se estrellaron sobre el piso las sillas tipo Luis XV del comedor. Ojalá solo hubieran sido muebles, pero también la dermis de aquella noble mujer yacía entre los escombros.

El señor viento transformó los llantos y gritos en un aullido de loba el cual invocó a la bisabuela, sintieron una ráfaga de viento. Era ella arropándolos con el aire, un manto transparente los cubría. Ese ropaje etéreo les permitió ser invisibles ante el ojo inquisidor del corcel negro.

Presurosos se dirigieron al túnel tejido por los brazos del rosal. Las espinas se hermanaron con dos criaturas valientes y se abrieron para dejarlos pasar, era la puerta secreta para escapar de la lúgubre casa.

Brinqué y, al voltear para recibir a mi hermanito, se escucharon a lo lejos los gritos del malvado ser dentro de la casa, con voz entrecortada el infante dijo:

—No podemos escapar porque se va a enojar y nos va a lastimar —¡No podía creerlo!, estábamos tan cerca.

—Por favor, salta, no nos hará nada, confía en mí. —Él negó con su cabecita.

Miré a la higuera y le rogué cubriera al pequeño con sus enormes hojas, para no ser descubierto por la bestia.

Corrió tan rápido como pudo, más que cuando la perseguían los gansos. Llegó a la casa de doña Petra, su heroína en otras ocasiones. Con sus puños golpeaba sin cesar la puerta, se dejó los pulmones clamando por ayuda. La puerta se abrió y entró.

—Mi hermano no quiso saltar —desconsolada le dijo—. *Si lo atrapa, lo va a herir.*

Ella era todo un general.

—José, ve por las tías, rápido —ordenó a su hijo con voz grave.

—Pedro y Juan, vengan conmigo. —Salieron corriendo, la puerta se azotó y se quedó sola en la sala, ese humilde lugar la apapachó con calor de hogar.

Miré el reloj, tic-tac, tic-tac, tic-tac. Dios del tiempo, agonizas junto conmigo. ¿Reloj, eres mi amigo o mi enemigo?, mi ser te grita, no conviertas segundos en horas, te imploro en silencio, ¡por favor, para!

De pronto se abrió la puerta y entraron las tías cargando al niño. Los sacaron de su primer refugio, llevándolos a la casa grande. Ahora estaban en territorio amigo, bajo la protección de doña Marí y el bisabuelo Isabel.

Vieron caer una mancha color carmesí en el piso, el niño sangraba por la nariz, la tía lo abrazó sobre su regazo, colocó

paños de agua fría en su frente y un tapón de algodón en su naricita.

Sin soltar la mano de mi compañero de vida, dormitaba; pero un sobresalto me volvió a la conciencia. ¡He olvidado la "caja secreta"! Tener cuatro años no es excusa para haber cometido ese error. Me hice las mismas preguntas una y otra vez: ¿cómo podremos escapar?, ¿en dónde está mi madre, esa dulce y gentil mujer?, ¿qué hora es? Miré el reloj colgado en la pared, tic-tac, tic-tac, tic-tac. Cuando la manecilla chica apuntó al número tres, mis ojos se cerraron.

Los guajolotes gugluteaban sin parar, interpretando el más colosal escándalo, al final sus amigos de juego la despertaron.

Descubrí tres grandes tesoros: nuestras mantas para dormir, la mía blanca con filos de satín y una hermosa abeja; la de mi hermanito tejida en color azul; sobre la mesa estaba la "caja secreta", pude sentir el delicioso sonido de la liberación. Entonces entendí que el rescate de tan preciados objetos era cosa de adultos; los niños solo liberamos a los seres amados.

Su corazón palpitó como un tambor clamando batalla al escuchar el llamado de su mamá. Se dio vuelta y la miro con su hermano en brazos. Esta vez los ojos de la mujer lucieron diferentes, eran más fuertes, destellaban valor y gritaron esperanza. Sin hablar le hizo saber que en su nuevo destino habría otras copas de árboles a escudriñar y nuevas pinturas al óleo.

La hija y la madre estarán unidas por las raíces del árbol de la contemplación. Estas serán un eterno cordón umbilical, ese hilo de vida bordará historias a través del tiempo. Desde muy temprana edad, la creadora aprendió la importancia de "sembrar el ver", día a día "cultivar el mirar", con el propósito de "cosechar el observar". En adelante meditará, y reflexionará ante cada batalla. Estará alerta al instante poético, fuente de inspiración para gestar ideas.

Salieron de la casa grande, un niño a cada lado, iniciaron el viaje por ese camino de terracería peinado por el rocío de la mañana. De pronto sus pies se elevaron del piso, extendieron los brazos y hermosas alas salieron de sus cuerpos. Transmutaron en impetuosas aves tornasoles emprendiendo el vuelo hacia la libertad. Se volvieron pluma, hojas y aire.

crucigrama.

Cuentos participantes en el Segundo premio Crucigrama de cuento 2024.

Si quieres participar o tener más información del concurso visita nuestra página:

www.lacrucigrama.com